

CASA DE MUÑECAS

PRIMEROS CAPÍTULOS PROMOCIONALES

Henrik Ibsen

CASA DE MUÑECAS



Selección
CLÁSICOS UNIVERSALES

© MESTAS EDICIONES, S.L.
Avda. de Guadalix, 103
28120 Algete, Madrid
Tel. 91 886 43 80
Fax: 91 886 47 19
E-mail: info@mestasediciones.com
www.mestasediciones.com
<http://www.facebook.com/MestasEdiciones>
<http://www.twitter.com/#!/MestasEdiciones>
© Traducción: Babel 2000, S.A.
Correcciones: L.T.

Director de colección: J. M. Valcárcel

Ilustración de cubierta bajo licencia Shutterstock
Autor: Vaclav Taus

Primera edición: *Septiembre, 2016*
Segunda edición: *Agosto, 2018*
Tercera edición: *Abril, 2023*
Cuarta edición: *Octubre, 2024*

ISBN: 978-84-16775-10-1
Depósito legal: M-30247-2016
Printed in Spain – Impreso en España

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INTRODUCCIÓN

Si dudas de ti mismo, estás vencido de antemano.

Henrik Johan Ibsen

Considerado unánimemente por toda la crítica literaria especializada como el padre de la dramaturgia realista moderna y uno de los renovadores del teatro universal, sus excelentes obras no han perdido vigencia en todos estos años y se siguen representando constantemente con éxito en los teatros de todo el mundo, especialmente en occidente, y han supuesto una positiva influencia en los autores jóvenes más destacados.

Sus obras cuestionaban claramente el modelo de familia y sociedad imperantes en su época, en la que la sociedad, dominada por los valores victorianos vigentes, las consideró escandalosas e indignas de su tiempo.

Para el premio Nobel Bernard Shaw, un destacado defensor del teatro de Ibsen, el autor representa el máximo exponente de “la obra bien hecha”, donde tanto los personajes como la trama son verosímiles y perfectamente creíbles para el espectador.

*¡Qué cosa tan extraña es la felicidad!
Nadie sabe por dónde ni cómo ni cuándo llega,
y lo hace por caminos invisibles, a veces cuando ya no se la aguarda.*

Henrik Johan Ibsen

El poeta y dramaturgo noruego más importante de todos los tiempos, Henrik Johan Ibsen, nació el 20 de marzo de 1828 en Skien, una ciudad costera. Hijo de un próspero comerciante que poseía una destilería de aguardiente y que se arruinó cuando él contaba con escasos ocho años, y de una madre muy religiosa, se vio obligado a trasladarse con su familia a una granja de las afueras de Gjerpen, donde debía caminar cinco kilómetros diarios para poder acudir a la escuela.

A los 14 años regresa a Skien y estudia en un colegio religioso, hasta que se traslada a Grimstad para trabajar seis años de aprendiz de farmacia. Se convierte en una persona introvertida que inicia los estudios de medicina, pero que en realidad centra su interés en la literatura, escribiendo sus primeros poemas (*Resignación* y *En otoño*) y obras teatrales (*Catalina* y *La tumba del guerrero*). Los contactos con su familia fueron, desde entonces, esporádicos.

Se traslada a Cristianía —la actual Oslo— donde toma la decisión de vivir de sus escritos, pasando importantes penurias económicas. Se convierte en un librepensador, entusiasmado con las insurrecciones populares que se producen en toda Europa. Publica *Catilina* sin éxito alguno. En septiembre de 1851 se representa por primera vez una de sus obras, *La tumba del guerrero*.

En 1852 se compromete a estrenar una obra anual en el Det norske Theater de Bergen, donde representa sucesivamente *La noche de San Juan* (1853), una versión nueva de *La tumba del guerrero* (1854), *La señora Inga de Ostraad* (1855) y *La fiesta en Solhaug* (1856).

Conoce a la que se convertiría en su mujer, Susannah Thoresen, la hija de un clérigo protestante y realiza viajes de estudio a Dresde y Copenhague. Regresa a Cristianía para dirigir el Cristianía Norske Theater hasta que quiebra en el año 1862. Durante ese tiempo estrena *Los vikingos de Helgeland* y publica sus poemas *Paa Viddeme* y *En la galería de arte*. También escribe un drama: *La comedia del amor*.

Sufre una etapa de penuria financiera y obtiene una beca de la Universidad para un viaje de estudios, marchando al oeste del país para recopilar datos sobre sus manifestaciones folclóricas. Publica *Los pretendientes de la corona* (1863).

Deja Noruega en 1864 y se traslada a Roma, donde residiría los cuatro primeros años de un exilio voluntario que duraría un total de veintisiete años, en el que escribirá su obra dramática más importante. Se ha convertido ya en un reconocido dramaturgo cuyas obras se representan por casi toda Europa. En 1868 se traslada a Alemania, primero a Dresde y después a Munich. En ese mismo año publica *Peer Gynt*, un drama en verso donde caricaturiza el genio noruego a través de un soñador idealista que deja todo a cargo de la fantasía, y que le supone su entrada en la literatura universal. En el decenio de 1870 Ibsen decide abandonar su teatro de ideas para abordar el drama social realista. En 1878 regresa a Roma por siete años.

En 1879 consigue su verdadero éxito: *Casa de muñecas*, la obra que ahora disfruta entre sus manos, para muchos su obra maestra, convirtiéndose en un abanderado del feminismo, junto a Nora Helmer, la protagonista del drama, y originando una fuerte polémica que acabó en auténtico escándalo, por considerar muchos la obra como un ataque frontal a la institución de la familia. Una heroína fuerte e independiente en contraste con un marido débil que se aferra a su papel, y que decide dejar su, en apariencia, próspero matrimonio a causa de su discrepancia con el rol subordinado que está destinada a tener en él. Utiliza en la obra una técnica retrospectiva, revelando los hechos que acontecen en el pasado a medida que la acción de la misma va avanzando.

Más adelante escribirá *Espectros* (1881), *Un enemigo del pueblo* (1882), *El pato silvestre* (1884), *La dama del mar* (1888), *Hedda Gabler* (1890) y *El maestro constructor* (1892).

A los 63 años regresa a Cristianía definitivamente. En 1896 escribe *Juan Gabriel Borkman*. En 1900 padece su primer ataque de apoplejía, quedándose más adelante paralítico y postrado en una cama. Muere el 23 de mayo de 1906 en la actual Oslo, y es enterrado con honores de Jefe de Estado.

El editor

*Un verdadero espíritu de rebeldía es aquel que
busca la felicidad en esta vida.*

Henrik Johan Ibsen

*Mil palabras no dejarán una impresión
tan profunda como una acción.*

Henrik Johan Ibsen

PERSONAJES

TORVALD **HELMER**, abogado.

NORA HELMER, su esposa.

IVAR, BOB y **EMMY**, los tres hijos del matrimonio Helmer.

DOCTOR **RANK**, médico, amigo de la familia.

KRISTINE LINDE, amiga de Nora Helmer.

NILS **KROGSTAD**, procurador.

ANNA, niñera de los Helmer.

ELLEN, doncella de los Helmer.

UN RECADERO

(La acción transcurre en Noruega, en casa de los señores Helmer.)

ACTO PRIMERO

Salón bien amueblado, con gusto aunque sin lujo. Dos puertas al fondo. La derecha da al vestíbulo. La izquierda da al despacho de Helmer. A la izquierda, en primer lugar, una ventana, y en segundo lugar, una puerta. A la derecha, en primer lugar, una estufa de porcelana, y en segundo lugar, una puerta. Entre las dos puertas del fondo hay un piano. A la izquierda, cerca de la ventana, una mesa, un sillón y un pequeño sofá. A la derecha, entre la estufa y la puerta, hay una mesita. A ambos lados de la estufa hay varias butacas. Un aparador con vajilla, un armario con libros bien encuadernados, grabados y algunos objetos de arte adecuadamente distribuidos completan el decorado del salón, que debe tener alfombra. Es un día frío de invierno y en la estufa arde un fuego.

ESCENA I

(NORA, EL RECADERO, ELLEN, TORVALD HELMER.

Se levanta el telón. Suena un timbre en el vestíbulo. Ellen, que está sola, ordenando los muebles, corre a abrir la puerta

derecha. Entra Nora vestida de calle con varios paquetes. La sigue un Recadero con un árbol de Navidad y una cesta. Nora tararea mientras deja los paquetes sobre la mesa de la derecha. El Recadero entrega a Ellen el árbol y la cesta.)

NORA: Esconde bien el árbol, Ellen. Los niños no deben verlo hasta que esté decorado por la noche. *(Al recadero, sacando el monedero.)* ¿Cuánto es?

RECADERO: Cincuenta céntimos.

NORA: Tome una corona y quédese el cambio. *(El recadero saluda y se va. Nora cierra la puerta. Sigue sonriendo alegremente mientras se quita el sombrero y el abrigo. Luego se saca del bolsillo un cucurucho de almendras y se come dos o tres. Se acerca de puntillas a la puerta izquierda del fondo y escucha.)* ¡Ah, está en el despacho! *(Sigue canturreando y se dirige a la mesa de la derecha.)*

HELMER: *(Desde el despacho.)* ¿Es mi palomita la que trina?

NORA: *(Al tiempo que abre paquetes.)* Sí, es ella.

HELMER: ¿Es mi ratoncillo el que trastea?

NORA: ¡Sí!

HELMER: ¿Hace mucho tiempo que ha venido mi ratoncillo?

NORA: Acabo de llegar. *(Se guarda el cucurucho de almendras en el bolsillo y se limpia la boca.)* Ven, Torvald. Mira lo que he comprado.

HELMER: No me interrumpas. *(Poco después abre la puerta. Aparece con la pluma en la mano mirando en distintas direcciones.)* ¿Dices comprado? ¿Todo eso? ¿Ya ha encontrado mi niñita otra forma de gastar dinero de nuevo?

NORA: ¡Pero, Torvald! Este año podemos gastar un poco más. Es la primera Navidad que no tenemos que apretarnos el cinturón.

HELMER: Sí, pero tampoco podemos derrochar.

NORA: Un poco, solo un poquito, Torvald, ¿o no? Ahora que te van a aumentar el sueldo, y ganarás muchísimo dinero.

HELMER: Sí, a partir de Año Nuevo; pero antes pasará un trimestre sin que me den.

NORA: ¿Y qué más da eso? Se pide prestado mientras tanto.

HELMER: ¡Nora! *(Se acerca a Nora y le agarra una oreja en broma.)* ¡Siempre tan imprudente! Imagina que pido prestadas hoy mil coronas, que las haces sal y agua en las fiestas de Navidad, que en Nochevieja me cae una teja en la cabeza y...

NORA: *(Le tapa la boca con la mano.)* Calla y no digas esas cosas.

HELMER: Pero imagina que ocurriese. ¿Qué pasaría entonces?

NORA: Si ocurriese algo así, me daría igual tener deudas que no tenerlas.

HELMER: ¿Y quiénes me hubiesen prestado el dinero?

NORA: ¿Quién piensa en ellos? Son extraños.

HELMER: ¡Nora, Nora, cómo eres, mujer! De veras, conoces mis ideas sobre este punto. Nada de deudas ni de préstamos. La vida doméstica deja de ser libre y hermosa en cuanto depende de las deudas y los préstamos. Hasta ahora hemos aguantado, y no vamos a rendirnos en el último momento.

NORA: (*Se acerca a la estufa.*) Bien, como quieras, Torvald.

HELMER: (*La sigue.*) Venga, vamos, mi palomita no debe estar alicaída. ¿Qué? ¿Me va a hacer pucheros mi ratoncillo? (*Abre la cartera.*) Nora, ¿qué crees que tengo aquí?

NORA: (*Se gira con rapidez.*) ¡Dinero!

HELMER: ¡Mira! (*Le da unos billetes.*) Ya sé que se necesitan muchas cosas en Navidad.

NORA: (*Cuenta.*) Diez, veinte, treinta, cuarenta. ¡Gracias, Torvald! Esto me dará para muchas cosas.

HELMER: Eso espero.

NORA: Claro que sí, ¡muchas cosas! Pero ven aquí y deja que te enseñe todo lo que he comprado por una miseria. Mira, un traje nuevo y una espadita para Ivar; un caballo y una trompeta para Bob; y una muñeca con su cuna para Emmy. No son muy buenas, pero enseguida las romperá. Y algo de ropa y pañuelos para los criados. Debería haber comprado algo mejor para la buena de Anna.

HELMER: ¿Y qué hay en ese paquete?

NORA: (*Da un gritito.*) No, Torvald, no lo verás hasta esta noche.

HELMER: ¡Ah! Pero dime, manirrota mía, ¿has pensado en qué te gustaría a ti?

NORA: ¿Para mí? Bueno, no quiero nada.

HELMER: ¡Bobadas! Dime algo razonable que te apetezca.

NORA: No, de veras que no se me ocurre nada... Bueno, oye, Torvald...

HELMER: ¿Sí?

NORA: (*Juguetea con los botones de la chaqueta de Helmer sin mirarlo a la cara.*) Si de verdad quieres regalarme algo, podrías... podrías...

HELMER: Vamos, dime.

NORA: (*De sopetón.*) Podrías darme dinero, Torvald. Solo lo que creas que puedas darme y con eso ya me compraría algo.

HELMER: Pero, Nora...

NORA: ¡Torvald, por favor, te lo ruego! Colgaré el dinero del árbol envuelto en un bonito papel dorado. ¿No estaría bien?

HELMER: ¿Cómo se llama ese pájaro que siempre hace volar el dinero?

NORA: Sí, lo sé... el estornino. Pero, por favor, haz lo que te digo, Torvald, y así tendré tiempo para pensar lo que más me apetece. ¿No es lo más sensato?

HELMER: (*Sonríe.*) Claro, pero si supieses gastar bien el dinero que te doy y comprarte algo; pero se lo traga la casa, se evapora en naderías, y entonces tengo que volver a soltar dinero.

NORA: ¡Pero, Torvald!

HELMER: ¿Me lo niegues, Nora, cielo? (*Le rodea el talle con un brazo.*) El estornino es una dulzura, pero necesita mucho dinero. Nadie creería cuánto le cuesta a un hombre tener un estornino.

NORA: ¡Bueno! ¿Cómo puedes decir eso? Ahorro siempre que puedo.

HELMER: (*Ríe.*) Sin duda. Siempre que puedes, pero es que no puedes nada.

NORA: (*Canturrea y sonríe con alegría.*) ¡Ojalá supieses los gastos que tenemos las palomitas y los ratoncillos!

HELMER: ¡Eres sorprendente! Eres como tu padre, siempre buscando dinero, y como él, en cuanto lo tienes, se te va de las manos y nunca sabes a dónde se va. Bueno, hay que tomarte como eres. Está en la sangre. Sí, Nora, ese tipo de cosas son hereditarias.

NORA: Me habría gustado heredar muchas de las cualidades de papá.

HELMER: No quiero que seas de otra manera, mi dulce pajarillo. (*Pausa.*) Pero hoy te encuentro... No sé... Pareces... Cómo diría... Un tanto sospechosa.

NORA: ¿Yo?

HELMER: Sí, tú. Mírame a la cara.

NORA: (*Mira a Helmer.*) ¿Y bien?

HELMER: (*Amenazándola con el dedo.*) ¿Ha hecho esta golosa alguna travesura hoy?

NORA: No. ¡Cómo puedes decir eso!

HELMER: ¿No ha echado una ojeada en la confitería?

NORA: No, Torvald; de veras que...

HELMER: ¿Ni siquiera has tomado un poco de gelatina?

NORA: Claro que no.

HELMER: ¿Ni te has comido una o dos peladillas?

NORA: ¡No, Torvald, te digo que no!

HELMER: Vale, vale; es broma.

NORA: (*Se acerca a la mesa de la derecha.*) No haría nada que desapruebes ni en sueños.

HELMER: No, lo sé; además, me has dado tu palabra. (*Se aproxima a ella.*) Bueno, guárdate tus secretos navideños, cariño. El árbol nos los revelará esta noche.

NORA: ¿Te acordaste de invitar al doctor Rank?

HELMER: No, pero no hace falta porque ya lo sabe. De todos modos, lo invitaré cuando venga hoy. He encargado un buen vino. Nora, no te imaginas cuánto deseo que llegue la noche.

NORA: Yo también. ¡Qué bien lo pasarán los niños, Torvald!

HELMER: ¡Ah! Es estupendo pensar que hemos llegado a una situación estable y sin ahogos. ¿No da gloria pensarlo?

NORA: ¡Es magnífico!

HELMER: ¿Recuerdas la última Navidad? Pasaste tres semanas antes encerrada cada noche hasta después de las doce haciendo flores para el árbol de Navidad y todo tipo de maravillas para sorprendernos. Jamás me había aburrido tanto.

NORA: Pues yo no me aburrí.

HELMER: (*Sonríe.*) Pero el resultado no fue muy allá, Nora.

NORA: ¡Ah! ¿Vas a seguir haciéndome burla con eso? ¿Tengo la culpa de que entrase el gato e hiciese todo añicos?

HELMER: ¡Claro que no, mi pobre Norita! ¿Cómo ibas a tener la culpa? Hiciste lo que pudiste para que nos divirtiésemos todos, y eso es lo importante. Pero en todo caso, menos mal que ha pasado esa mala racha.

NORA: ¿No es maravilloso?

HELMER: Ahora ya no tendré que aburrirme yo solo, ni tú tendrás que agotar tus ojitos ni tus deditos.

NORA: (*Aplaude.*) No, ¿a que no, Torvald? ¡Qué bien solo de pensarlo! (*Toma del brazo a Helmer.*) Ahora te diré cómo he pensado que nos arreglemos después de Navidad. (*Suena la campanilla.*) Lllaman. (*Ordena la habitación.*) Viene alguien. ¡Qué pesados!

HELMER: (*En el umbral del despacho.*) Acuérdate de que no estoy en casa.

ESCENA II

(*NORA, ELLEN, HELMER, KRISTINE LINDE.*)

ELLEN: (*En la puerta de entrada.*) Una dama desea verla, señora.

NORA: Que pase.

ELLEN: (*A Helmer.*) También ha venido el doctor.

HELMER: ¿Ha pasado a mi despacho?

ELLEN: Sí, señor.

(*Helmer entra en el despacho. La criada hace pasar a Kristine y cierra la puerta.*)

ESCENA III

(NORA, KRISTINE LINDE.)

KRISTINE: (Con ropa de viaje. Tímidamente y perpleja.)
¡Buenos días, Nora!

NORA: (Indecisa) ¿Cómo está?

KRISTINE: ¿No me reconoces?

NORA: Bueno... No sé... ¡Ah! Sí, creo que... (*Lanzado una exclamación.*) ¡Kristine! ¿Eres tú?

KRISTINE: La misma que viste y calza.

NORA: ¡Kristine! ¡Y yo sin reconocerte! ¿Quién diría...?
(*Más bajo.*) ¡Has cambiado muchísimo!

KRISTINE: Claro. Hace ya nueve o diez años...

NORA: ¿De verdad hace tanto tiempo que no nos vemos? Sí, es cierto. Estos últimos ocho años han sido muy felices. ¡Si tú supieses! ¿Así que te tenemos de vuelta? ¡Qué viaje tan largo en pleno invierno! ¡Hace falta valor!

KRISTINE: Pues ya ves; he llegado en el barco de esta mañana.

NORA: A pasar la Navidad. ¡Qué alegría! Lo pasaremos en grande. Quítate el abrigo. ¿Tienes frío? (*Ayuda a Kristine a quitarse el abrigo.*) ¡Ajá! Ahora nos pondremos cómodas junto al fuego. No, siéntate en la butaca, y yo en la mecedora; es mi sitio. (*Le toma las manos.*) Sí, ahora te veo la cara de siempre. Es que al principio... Pero estás un poco más pálida, Kristine..., y quizá algo más delgada.

KRISTINE: Y muchísimo más vieja.

NORA: Sí, quizá un poco..., pero no mucho. (*Calla de repente, y añade en tono serio*) ¡Pero qué cabeza la mía! Aquí estoy, parloteando y... ¡Perdona, Kristine!

KRISTINE: ¿Qué quieres decir, Nora?

NORA: (*Suavemente.*) ¡Pobre Kristine! Has enviudado.

KRISTINE: Sí, mi marido murió hace tres años.

NORA: Lo sabía; lo leí en el periódico. Créeme, Kristine, pensé muchas veces escribirte, pero lo fui dejando, y siempre surgía algo.

KRISTINE: Lo entiendo, Nora.

NORA: No, Kristine; ha estado muy mal por mi parte. ¡Pobrecita! ¡Qué mal lo has debido pasar! ¿No te dejó nada?

KRISTINE: Nada.

NORA: ¿Tampoco hijos?

KRISTINE: Tampoco.

NORA: ¿Nada de nada?

KRISTINE: Ni siquiera una pena o un duelo para llorar.

NORA: (*La mira con incredulidad.*) Kristine, ¿cómo es posible?

KRISTINE: (*Sonríe amargamente y se atusa el cabello.*) Eso ocurre a menudo, Nora.

NORA: ¡Qué sola estás! ¡Debe ser horrible! Yo tengo tres niños preciosos. No puedes verlos ahora porque han salido con la niñera. Pero, cuéntamelo todo.

KRISTINE: No; cuéntame tú.

NORA: No; tú primero. No quiero ser egoísta hoy. Hoy solo pensaré en ti. ¡Oh! Debo decirte una cosa. ¿Te has enterado por casualidad de nuestro golpe de suerte?

KRISTINE: No, ¿qué es?

NORA: Fíjate que han nombrado a mi marido director del banco.

KRISTINE: ¿A tu marido? ¡Qué suerte!

NORA: ¿A que sí? La situación de un abogado es muy precaria; sobre todo cuando solo quiere aceptar casos que no tengan nada cuestionable. Y, naturalmente, eso es lo que hacía Torvald, y estoy absolutamente de acuerdo. ¡Imagina lo contentos que estamos! Empezará en su cargo en Año Nuevo; entonces tendrá un buen sueldo y un porcentaje. Eso nos permitirá vivir en el futuro de otra manera, más a nuestras anchas. ¡Kristine, me siento tan aliviada y contenta! Es estupendo tener dinero y quitarse de encima preocupaciones. ¿No crees?

KRISTINE: Sí; en todo caso debe ser estupendo tener todo lo que necesitas.

NORA: No, solo lo que necesitas no, sino muchísimo dinero.

KRISTINE: (*Sonríe*) Nora, Nora, ¿aún no has aprendido a ser sensata? En el colegio eras una manirrota.

NORA: (*Sonríe con dulzura.*) Sí; eso es lo que Torvald piensa de mí. (*Levanta el dedo.*) Pero «Nora, Nora» no es tan tonta como pensáis. ¡Uf! La verdad es que no he tenido tiempo de derrochar. Hemos tenido que trabajar los dos.

KRISTINE: ¿Tú también?

NORA: Sí; cositas pequeñas: ganchillo, bordado y cosas así; (*cambia el tono.*) y otra cosa. Sabes que Torvald dejó el trabajo para el Gobierno cuando nos casamos. No tenía posibilidades de ascender y necesitaba más dinero. El primer año de matrimonio se mató a trabajar. Tenía que hacer horas extraordinarias y trabajar desde la mañana a la noche. No pudo con tanto y enfermó. Los médicos le aconsejaron que fuese al Sur.

KRISTINE: Pasasteis un año en Italia, ¿no?

NORA: Sí. Ya te digo yo que no fue fácil arreglárselas. Acababa de nacer Ivar. Pero había que ir. ¡El viaje fue una maravilla! Y le salvó la vida a Torvald. Pero nos costó un dineral, Kristine.

KRISTINE: Me lo figuro.

NORA: ¡Mil doscientos dáleres!^[1] Cuatro mil ochocientas coronas. ¡A que es un montón!

KRISTINE: ¡Qué suerte haber tenido ese dinero!

NORA: Nos lo prestó mi padre, ¿sabes?

KRISTINE: ¡Ah, ya veo! ¿No murió por esas fechas?

NORA: Sí, Kristine, justo entonces. Te figurarás que no pude cuidarlo. Ivar estaba a punto de nacer, y tenía al pobre Torvald enfermo y necesitando que lo cuidase. ¡Pobre papá! No volví a verlo, Kristine. ¡Es lo más duro que he tenido que soportar desde que me casé!

KRISTINE: Sé cuánto lo querías. ¿Entonces fuisteis a Italia?

1 El *daler* (pronunciado dáler) fue la moneda anterior a la corona noruega, introducida en Noruega en 1875. El vocablo tiene el mismo origen que dólar, el cual procede de *thaler* (tálero).

NORA: Sí; ya ves que teníamos el dinero y los médicos dijeron que no debíamos perder un minuto. Nos marchamos al cabo de un mes.

KRISTINE: ¿Y tu marido volvió completamente repuesto?

NORA: Como una rosa.

KRISTINE: Pero... ¿el médico?

NORA: ¿Qué quieres decir?

KRISTINE: Creo que la criada anunció al doctor cuando llegué.

NORA: Ah, sí, el doctor Rank. Pero no viene como médico. Es nuestro mejor amigo, y nos visita a diario. No, Torvald no ha tenido nada desde entonces. Los niños también están sanos, como yo. *(Se levanta de un brinco y da palmas.)* ¡Kristine, Kristine, es maravilloso vivir y ser felices...! ¡Pero qué vergüenza! No paro de hablar sobre mí. *(Se sienta en un taburete al lado de Kristine y coloca los brazos en el regazo de su amiga.)* ¡No te enfades! Dime. ¿Es verdad que no querías a tu marido? ¿Por qué te casaste con él?

KRISTINE: Mi madre estaba viva pero en cama y sin ayuda; además, tenía que cuidar a mis hermanos pequeños. No me pareció bien rechazarlo.

NORA: Hiciste muy bien. Supongo entonces que era rico.

KRISTINE: Al menos vivía con desahogo; pero su negocio no era sólido. Al morir, todo se fue a pique y no quedaron ni las telarañas.

NORA: ¿Y entonces...?

KRISTINE: Tuve que ponerme a trabajar despachando en una tienda, dirigiendo una escuela, y haciendo lo que fuese. Estos últimos tres años han sido para mí una lucha constante. Pero todo ha terminado, Nora. Mi pobre madre ya no me necesita; ahora descansa. Y mis hermanos trabajan y pueden salir adelante ellos solos.

NORA: ¡Qué aliviada debes estar!

KRISTINE: No, Nora; solo indescriptiblemente vacía. ¡No tengo a nadie por quién vivir! (*Se levanta inquieta.*) Por eso no he podido quedarme allí, en ese lugar dejado de la mano de Dios. Aquí debe ser más fácil encontrar algo que hacer para ocuparse y estar distraída. Ojalá encuentre un trabajo... algo en una oficina.

NORA: Pero Kristine, eso es agotador y tú pareces estar hecha trizas. Sería mejor que fueses a un balneario y reposes.

KRISTINE: (*Se acerca a la ventana.*) No tengo un padre que me dé el dinero, Nora.

NORA: (*Se levanta.*) ¡Venga! No te enfades conmigo.

KRISTINE: (*Se le acerca.*) Nora, querida, eres tú quien no debe enfadarse conmigo. Lo peor de una situación como la mía es que te amarga. No tienes a nadie por quien trabajar y, sin embargo, hay que estar al pie del cañón. Hay que vivir, y te vuelves egoísta. Cuando me contaste hace un rato vuestro cambio de suerte, ¿puedes creerme?, me he alegrado más por mí que por ti.

NORA: ¿Qué quieres decir? ¡Ah, ya veo! Crees que a lo mejor Torvald puede hacer algo por ti.

KRISTINE: Sí, lo he pensado.

NORA: Y lo hará, Kristine. Déjamelo a mí. ¡Yo allanaré el terreno con mano izquierda! ¡Pensaré algo que lo ponga de buen humor! Me encantaría ayudarte.

KRISTINE: ¡Cuánto te agradezco que me apoyes así, Nora! Es el doble de bueno en ti, que conoces tan poco de los problemas y las cargas de la vida.

NORA: ¿Yo? ¿Que sé poco...?

KRISTINE: (*Sonríe.*) ¡Oh, bueno! Bordado y cosas así... Eres una cría, Nora.

NORA: (*Menea la cabeza y cruza el escenario.*) ¡Vamos, no seas tan condescendiente!

KRISTINE: ¿No?

NORA: Eres como los demás. Todos creéis que no valgo para nada serio...

KRISTINE: Venga, vamos...

NORA: Creéis que no he tenido problemas en esta vida.

KRISTINE: Querida Nora, acabas de contarme tus problemas...

NORA: ¡Bah, esas minucias! (*En voz baja.*) No te he contado lo gordo.

KRISTINE: ¿Qué dices?

NORA: Sé que me miras por encima del hombro, Kristine, y no tienes derecho. Tú estás orgullosa de haber trabajado duro y durante mucho tiempo por tu madre.

KRISTINE: Estoy segura de no mirar a nadie por encima del hombro; aunque es cierto que estoy satisfecha y contenta al

recordar cómo me las apañé para evitarle preocupaciones a mi madre en los últimos días de su vida.

NORA: Y también estás orgullosa de pensar en lo que has hecho por tus hermanos.

KRISTINE: Estoy en mi derecho.

NORA: No lo dudo; pero te diré algo, Kristine. Yo también tengo algo por lo que sentirme alegre y orgullosa.

KRISTINE: No lo dudo. Pero, ¿qué quieres decir?

NORA: ¡Shhh! Habla más bajo. Torvald podría oírnos. Por nada del mundo debe hacerlo... No debe saberlo nadie, Kristine; solo tú.

KRISTINE: ¿Por qué? ¿Qué es?

NORA: Acércate más. (*La atrae a su vera en el sofá.*) Sí, Kristine... Yo también puedo estar orgullosa y satisfecha. Yo salvé la vida de Torvald.

KRISTINE: ¿Que la salvaste? ¿Cómo?

NORA: Te he hablado del viaje a Italia. Torvald habría muerto de no ser por él.

KRISTINE: Bueno... Tu padre os dio el dinero

NORA: (*Sonríe.*) Sí, eso creen Torvald y todo el mundo, pero...

KRISTINE: ¿Pero?

NORA: Papá no nos dio un céntimo. Yo conseguí el dinero.

KRISTINE: ¿Tú? ¿Tanto dinero?

NORA: Mil doscientos *dáleres*. Cuatro mil ochocientas coronas. ¿Qué me dices a eso?

KRISTINE: Nora, querida, ¿cómo te las ingeniaste? ¿Ganaste en la lotería?

NORA: (*Con desdén.*) ¿La lotería? ¡Puf! ¡Cualquiera podría haber hecho eso!

KRISTINE: Entonces, ¿de dónde lo sacaste?

NORA: (*Sonríe con aire misterioso y tararea.*) ¡Hum! ¡Tra-la-la-la!

KRISTINE: Seguro que no lo pediste prestado.

NORA: ¿No? ¿Por qué no?

KRISTINE: Pues porque una mujer casada no puede tomar dinero prestado sin permiso de su marido.

NORA: (*Menea la cabeza.*) ¡Ah! Cuando la mujer sabe algo de negocios y sabe cómo ponerse manos a la obra...

KRISTINE: Pero, Nora, no comprendo...

NORA: Bueno, ni tienes que hacerlo. En ningún momento he dicho que pidiese prestado el dinero. Hay muchas otras formas en que pude conseguirlo. (*Se deja caer en el sofá.*) He podido recibirlo de un admirador. Cuando se es tan atractiva como yo...

KRISTINE: Mira que eres boba, Nora.

NORA: Estoy segura de que te mueres de curiosidad, Kristine...

KRISTINE: Escúchame, querida Nora, ¿no habrás hecho algo loco?

NORA: (*Se yergue.*) ¿Es loco salvar la vida de un marido?

KRISTINE: Me parece loco que lo hicieses a sus espaldas...

NORA: ¡Pero habría sido atroz que lo supiese! ¿No comprendes? No debía ni sospechar lo grave que estaba. Los médicos me dijeron en privado a mí que su vida estaba en peligro, y que solo podía salvarse pasando un invierno en el Sur. ¿Crees que no empecé actuando con mano izquierda? Le hablaba de cuánto me gustaría ir a viajar por el extranjero como las demás esposas jóvenes; lloraba y suplicaba; le decía que debía comprender mi estado y no negármelo; entonces insinué que podría tomar dinero prestado. Entonces, Kristine, casi se enfadó. Contestó que era una frívola, y que su deber como marido era no ceder a mis caprichos y fantasías, como los llamó él. «Bueno –pensé–, pero te salvarás.» Entonces di con la forma de obtener dinero.

KRISTINE: ¿Y tu marido no supo por tu padre que el dinero no era de él?

NORA: Jamás. Papá murió entonces. Yo pensaba contarle todo y rogarle que no dijese nada. Pero estaba tan enfermo... Por desgracia no tuve que hacerlo.

KRISTINE: ¿Y nunca se lo has confesado a tu marido?

NORA: ¡Cielo santo! ¿En qué estás pensando? Díselo a él, que odia las deudas. ¡Además, sería muy humillante para Torvald, con su amor propio de hombre, saber que me debía algo! Eso trastornaría nuestra relación; nuestra bonita vida doméstica no volvería a ser lo mismo.

KRISTINE: ¿Nunca se lo contarás?

NORA: (*Reflexiona y se sonríe.*) Sí, quizá con el tiempo; después de muchos, muchos años, cuando ya no sea tan guapa. ¡No te rías de mí! Quiero decir, cuando Torvald no me quiera tanto como ahora; cuando ya no disfrute al verme

bailar, disfrazarme y actuar. Entonces podría ser bueno tener una bala en la recámara. (*Se detiene.*) ¡Bah, bobadas! Ese día nunca llegará. ¿Qué te parece mi gran secreto, Kristine? ¿Sirvo para algo? Puedes creer que esto me ha tenido muy preocupada. No ha sido cosa de broma pagar puntualmente. Debes saber, Kristine, que en los negocios hay una cosa llamada vencimientos y los intereses trimestrales que son muy difíciles de afrontar. He tenido que tomar un poco de aquí y de allá siempre que podía. No podía sisar mucho de los gastos de la casa porque Torvald debía vivir cómodamente. Y no podía dejar que los niños fuesen por ahí mal vestidos; todo lo que recibía para ellos, lo he gastado en ellos. ¡Angelitos míos!

KRISTINE: ¡Pobre Nora! Así que lo has tenido que sacar de tus gastos personales.

NORA: Sí, claro. Al fin y al cabo, era cosa mía. Cuando Torvald me daba dinero para ropa y demás, jamás gastaba más que la mitad; siempre compraba las cosas más sencillas y baratas. Es una suerte que todo me siente bien porque así Torvald nunca ha sospechado nada. Pero a veces ha sido duro, Kristine, porque es agradable ir bien vestida, ¿o no?

KRISTINE: ¡Y que lo digas!

NORA: Bueno, además de eso, conseguí dinero por otros medios. El invierno pasado tuve suerte y encontré trabajo copiando. Entonces me encerraba por las tardes y escribía hasta la madrugada. A veces me agotaba. Pero era una maravilla trabajar así y ganar dinero. Casi me sentía como si fuese un hombre.

KRISTINE: ¿Cuánta deuda has podido saldar?

Fin de la edición promocional